

## Extractos seleccionados de las «Memorias del general Thiébault en España», publicadas por Ediciones Universidad de Salamanca

### Extracto 1. Un desfile memorable en Valladolid. La narración del encuentro entre el general Legendre y Napoleón, que acabó con la carrera del general Legendre [Extracto páginas 192-196 de esta edición]

Como llegué a Valladolid un poco antes de mediodía, **acudí al desfile que cada día presidía el propio Emperador**; acababa de llegar cuando apareció. El regimiento de granaderos de la Guardia Imperial, **en formación en la plaza del palacio de Carlos V** ocupado por Napoleón, abrió enseguida sus filas. **El Emperador** avanzó inmediatamente para comenzar la revista y, al pasar ante mí, respondió a mi saludo con un simple movimiento de cabeza y una mirada.  
[...]

**El rostro contraído, la mirada terrible, el gesto exageradamente amenazador y la voz que retumbaba**, a fin de que el último oficial, el último soldado presente pudiera verlo, escucharlo, siguió inmediatamente, caminando y parándose sin cesar, entre **el general Legendre** (a la izquierda y **un poco detrás de él me encontraba yo**) y las tropas, tan pronto increpándolo, tan pronto hablando como hubiera podido hablarse a sí mismo, lanzando sus andanadas en cada una de sus idas y venidas, siempre con la mirada terrible y con las marcas de la agitación más violenta: **«¿Cómo osáis mostrarnos aún, cuando en todas partes vuestra vergüenza es patente, cuando vuestro deshonor está escrito en la frente de todos los valientes? Sí, se han avergonzado de vos hasta en los confines de Rusia, y Francia se avergonzará aún más cuando, en el proceso del Tribunal Supremo, se conozca vuestra capitulación<sup>1</sup>»**.

**«¿Y cuándo se ha visto a una tropa capitular en el campo de batalla?** Se capitula en un puesto de guerra, cuando se han agotado todos los recursos, empleado todos los medios de resistencia; cuando, con brechas practicables se ha honrado la desgracia con tres asaltos sostenidos y rechazados; cuando ya no queda ninguna manera de resistir, ninguna esperanza de ser socorrido... Pero, **en el campo de batalla, uno combate, señor, y cuando en lugar de combatir se capitula, merece que lo fusilen...** Y ¿dónde estaríamos, si los cuerpos capitularan en la llanura? ¡En campo abierto sólo hay dos maneras de sucumbir: morir o ser hecho prisionero; pero a culatazos!... Es lo que tiene la guerra, uno puede ser vencido... Uno puede caer prisionero. Mañana puedo serlo yo... Francisco I lo ha sido, lo ha sido con honor; pero si alguna vez lo soy yo, no lo seré más que a culatazos».

Cada una de estas frases fuertemente articuladas, a veces sin ligazón, nunca sin consecuencia, cargadas de repeticiones que en parte omito, pero generalmente con el pensamiento reducido a su más simple expresión, estaba cortada por pausas, muy de su gusto, y que en esta situación tenían como finalidad que cada una de sus palabras, bien oída, bien comprendida, hiciera daño... Pero, como esta pausa, después de las últimas palabras, fue un poco más larga que las anteriores, dio lugar al siguiente coloquio:

*Legendre*: «Teníamos ante nosotros más del doble de nuestros efectivos, y nos seguían otros tantos».

---

<sup>1</sup> Fue tres años y cuatro meses después, es decir, el primero de mayo de 1812, cuando el Emperador dictó el decreto que, bajo pena de muerte, prohíbe a los generales capitular en campo abierto. También fue hacia esta época cuando hizo instruir este caso y destituyó a Dupont, a Vedel y a Legendre.

*Napoleón:* «Tenían que haber hecho como el general Mortier en Krems, donde, con un puñado de hombres unidos y apretados, se abrió paso a través de cuatro líneas de tropas rusas; pero para eso había que llegar en bloque y no fragmentados, avanzar en columna y no desplegarse, provocar una refriega y no combatir de frente, precipitar la lucha y no prolongarla. Desplegarse en un caso semejante demuestra la ignorancia de todas las reglas del arte. En columnas habríais derrotado a esos españoles; no valían la cuarta parte de vuestras tropas».

***Legendre:* «Sólo teníamos reclutas».**

***Napoleón:* «Con buenos jefes, los reclutas son siempre buenos soldados».**

*Legendre:* «Queríamos salvar la artillería».

*Napoleón:* «No era la artillería lo que queráis salvar, sino vuestros carros, es decir, el fruto de vuestras rapiñas. ¿Y pensáis engañarme? Si no os hubiera interesado el oro impuro que acarreaban vuestros carros más que vuestro honor, habríais comprendido lo que el deber ordenaba; pero no habéis sido franceses, ni generales, no habéis sido más que ladrones y traidores».

***Legendre:* «Sólo buscábamos conservar hombres para Francia».**

***Napoleón:* «Francia necesita honor, no necesita hombres».**

*Legendre:* «La capitulación no fue respetada».

*Napoleón:* «¡Ojalá no lo hubiera sido en modo alguno!, **los españoles habrían hecho justicia de todos vosotros**, yo no me habría enterado de nada... y sobre todo vuestra capitulación no se habría hecho pública... Pero os extraña que haya sido violada... ¿Ignoráis que los ingleses eran dueños del mar?<sup>2</sup> ¿Y qué garantías teníais?... ¿Habéis al menos invocado la protección de un cónsul inglés?... No. Son hechos desconocidos en la historia que dieciocho mil hombres, dieciocho mil franceses, pasen bajo el yugo cuando podían combatir, que se rindan armas vírgenes cuando los soldados estaban deseosos de utilizarlas. Pero, incluso cuando la victoria hubiera sido ya imposible, todavía había que vender cara la vida. Sólo se es militar cuando se prefiere la muerte a la ignominia... Un soldado tiene que saber morir... ¿Y qué es la muerte? ¿No hay que sufrirla siempre? Quien no sabe morir no debe prostituir el uniforme y las armas de los valientes».

Creí que había acabado, pero de repente, continuó:

«¿Cómo habéis podido escribir y firmar que los soldados habían robado tesoros sagrados? Se comprende que en medio del tumulto y del desastre de una ciudad tomada por las bayonetas, haya hombres capaces de robar cálices... Pero que los jefes lo confiesen y que pasando bajo el yugo lo escriban y lo firmen, es el colmo de la infamia<sup>3</sup>.

»¿Y vuestra mano no se secó al darle a Vedel la orden de entregar las armas? ¿Con qué derecho habéis arrancado a estos valientes las armas que llevaban con honor? ¿Con qué derecho habéis paralizado su coraje y su fidelidad? ¿Por qué los asociáis a vuestro deshonor? **¿Cómo habéis podido emplear el poder de la disciplina, incluso los poderes que tenéis por mí, para entregar un cuerpo del ejército a los enemigos de Francia? Además, como súbdito, vuestra capitulación es un crimen, como general, una necedad, como soldado, una cobardía; como francés, es el primer ataque sacrílego contra la más noble de las glorias.**

»Y si, libres de un sórdido interés, de un terror infamante, hubierais combatido en lugar de capitular, si hubierais formado columnas de ataque en lugar de desplegaros, si hubierais

---

<sup>2</sup> Pretendida justificación de la prohibición de recibir, en los puertos de Francia, a las tropas del cuerpo del ejército del general Dupont. Esta orden, por otra parte, era absurda y bárbara. Castigar a los jefes por las faltas de sus subordinados se comprende, pero castigar a los propios soldados por las faltas de sus jefes es aún más injusto por cuanto sólo uno es culpable de la mala elección de los jefes. Se debería pues castigar a éstos con severidad, pero se debería acoger a sus tropas como víctimas.

<sup>3</sup> El hecho no era literalmente exacto. La mención sólo es dubitativa en esta fatal capitulación. Es verdad que en semejantes casos, admitir la posibilidad del hecho significa reconocerlo.

mantenido vuestras tropas unidas en lugar de dividiros, habrías derrotado a los españoles, seguiríais siendo dueños de nuestra retirada; Madrid no habría sido evacuada; la insurrección de España no se exaltaría por un logro inaudito, Inglaterra no tendría un ejército en la Península, y ¡qué diferencia en todos los acontecimientos y tal vez en el destino del mundo!»

Al acabar de proferir estas últimas palabras dio la espalda al general Legendre, que inmediatamente abandonó el desfile y, pocos instantes después, Valladolid. En cuanto al Emperador, dando la señal con un movimiento de cabeza, fue a situarse enfrente del centro de la línea. Se escuchó un redoble general. Las tropas, que rompieron filas rápidamente, desfilaron a paso de carga, y apenas había pasado el primer pelotón, partió al trote y volvió a sus aposentos.

### **Extracto 2. Sobre Julián Sánchez el Charro**

[Extracto página 359 de esta edición]

Hacía pocos días que yo había tomado posesión del séptimo gobierno, cuando el general Foy llegó a Salamanca. Había escapado milagrosamente a dos cuerpos portugueses y a las bandas de **don Julián<sup>4</sup>, uno de los dos o tres mejores jefes de guerrilla de España**, perdiendo solamente a diez soldados rezagados de su pequeña escolta. Estaba encargado de despachos para el Emperador y de órdenes para el general Gardanne, quien se había quedado en España para una misión de la que ya no tenía que ocuparse, puesto que yo había tomado posesión del séptimo gobierno, y que debía encontrarse con el mariscal Masséna con lo que pudiera reunir de las tropas destinadas al ejército de Portugal.

[Extracto página 377 y siguientes de esta edición]

Destacamentos, escuadrones y batallones de marcha, reunidos en Salamanca para unirse al mariscal Masséna, lo que hacían era estorbar en Salamanca; no podían transmitirse las órdenes, y yo me encontré así con la responsabilidad de manejar a más de dieciocho mil hombres de infantería y a cerca de mil setecientos caballos. Pensé entonces en utilizarlos, y **la única posibilidad que se me presentaba era emplearlos contra don Julián**, el único que se encontraba a mi alcance. En cuanto a las fuerzas, y aunque las suyas fueran de seis mil o siete mil hombres, yo tenía ocho veces más de las necesarias para vencerle<sup>5</sup>; **el problema era alcanzarlo y no limitarse a ejecutar contra él esos movimientos de los que eran objeto las guerrillas y que normalmente no conseguían más que envalentonarlos** y fatigar a nuestras tropas. En consecuencia, y para ponerme primero a salvo de cualquier derrota, empecé reforzando mis guarniciones, aumenté mis escoltas con convoyes y con correos y no destiné ni dejé a ningún hombre en campaña. Simulando incluso creer que esta guerra de guerrillas sólo

---

<sup>4</sup> Julián Sánchez "El Charro" (1774-1832) comenzó la guerra sirviendo como sargento del regimiento de caballería Voluntarios de Ciudad Rodrigo y la terminó como brigadier comandando una brigada mixta de infantería y caballería que incluía el famoso regimiento montado Lanceros de Castilla, integrada desde 1811 en el ejército aliado comandado por Wellington.

<sup>5</sup> Las cifras que ofrece Thiébauld son claramente exageradas, tanto por lo que se refiere a sus fuerzas como a las de Don Julián. El general Foy pasó por Salamanca un mes después y se llevó a las tropas que debían integrarse en el ejército de Portugal. Cuando llegó a las Líneas de Torres Vedras en febrero de 1811, contaba solamente con unos 2.000 soldados.

podía acabar con la ayuda de la justicia y de la persuasión, decidí quedarme un tiempo sin actuar. **Algunas autoridades españolas, los afrancesados, e incluso los oficiales bajo mis órdenes, se quejaban de mi sistema, sin atreverse a criticarlo abiertamente, mientras que las bandas de don Julián, que dominaban en el campo y me cercaban cada vez más, se felicitaban por ello.** El duque de Istria me escribió sobre esto, y como respuesta obtuvo únicamente esta frase: “Con relación al quinto párrafo de vuestra carta de ayer, os ruego que me permitáis que guarde el más absoluto secreto sobre su contenido”.